

El crepúsculo dorado.

Óscar Casado Díaz

Cuento ganador del *XI concurso literario La voz de Villa Rosa* (1995)

La vida es la enorme mentira que a todos nos toca jugar alguna vez. Mi vida no es distinta; al contrario, acaso parece una mentira más consistente, más humana, más sólida y aparente que las demás. ¿Por qué? ¿Es que me he convertido en una caja de sueños que nunca se hacen realidad? ¿O ciertamente la arena del tiempo cae en mi vejez más rápida? No lo sé, pero cada día que me siento a escribir esto, me doy cuenta de que la soledad se hace más insoportable.

* * *

Tras haber pasado la mayor parte de mi vida escribiendo sin descanso, como un loco asustado de sí mismo, hace dos años que dejé de hacerlo: había perdido todo su sentido. Aunque mis libros eran bien acogidos por el público, aceptados por la crítica, deseados por los vampiros de los editores, ya no quedaba en ellos nada de mí mismo. Estaban vacíos, y yo estaba agotado.

Hace un par de semanas que me vine a vivir a esta casa junto al mar, en la zona más alta del acantilado, orientada hacia el oeste. Lo hice con la intención de acabar aquí mis días — ¡antes de que esta maldita enfermedad me lleve! —, desde la soledad en la que he permanecido siempre, esclavo de un destino desconocido. Por eso escribiré aquí un último libro que sea mi testamento literario, algo mío, sincero y poderoso, que sea fiel reflejo de mi vida, de mi alma, de mi interior atormentado.

Mi creación... Mi creación, ¡creación mía!

* * *

Ya he plantado la semilla de mi obra: tengo unos personajes que se elevan de las sombras; veo los paisajes y los lugares donde se mueven; me introduzco con ellos en el ambiente donde viven... Pero me queda esa genial idea que los guíe a ellos y a mí por el sinuoso laberinto de la palabra.

* * *

Ayer estuve mirando el atardecer desde el jardín, sentado en las rocas que sirven de límite al acantilado. Miraba las gaviotas compartir el cielo con los vencejos en la tarde, paseándose por el aire, en el abismo que se abre ante mí. Desde este lugar se oye sonido suave de las olas escalar por el escarpado muro de piedra y llegar amortiguado hasta esta pequeña casa. Siento entonces como

si cada ola fuese un aliento de mi vida que se escapa en una maldita cuenta atrás que yo no entiendo. ¡Si al menos pudiese conseguir ese argumento que me devuelva la vocación perdida! Pero no aparece, y tengo miedo de dejar de existir sin construir este último legado que me haga eterno. Isabel, la única mujer que he querido, decía que todo yo era una obsesión por lo inmortal.

Ahora sé que es cierto; cuando quizá sea tarde, cuando lo que he dejado tras de mí son palabras, sin autor, sin creador, sin ese espíritu que soy yo mismo.

* * *

Varios días delante del papel en blanco, vacío como mi mente. Al final he resuelto llenarlo con palabras que le den vida. No hay argumento. Entonces, ¿por qué lo hago?... Quizá porque mi corazón no ha necesitado nunca un motivo para seguir latiendo, y mi vida se ha ido haciendo a sí misma sin contar conmigo.

* * *

Paralelo al libro, este escrito. ¿Qué es? ¿Un diario? ¿Unas memorias? ¿Apuntes del crepúsculo de mi vida? Escribo estos párrafos inconexos en este viejo libro de contabilidad, sin intención alguna, alejado de una causa que, aunque me sorprende, no conozco. Es extraño verme escribiendo donde debería

llevar la cuenta de mis gastos. No es así. Es como si más allá de del libro necesitase escribir sobre él, desde mi visión alejada de la creación propia.

Tampoco comprendo la función que estas líneas desempeñan en mi vida... Pero lo cierto es que cobran importancia.

* * *

La enfermedad avanza, lenta, implacable, sedienta de mi sangre y de mi aliento. La enfermedad es solamente el camino que debo recorrer hasta la muerte; una muerte que temo con toda mi alma. Es el terror irracional a verme muerto, encerrado dentro de una caja, en lo más profundo de la tierra. Antes de yacer en la soledad eterna, preferiría desaparecer para siempre. ¡Dios, no dejes que esto ocurra! Por favor, no dejes que esto ocurra...

* * *

Creía que a mi vejez no le quedaban lágrimas. Estaba equivocado.

* * *

Antes de que el sol decaiga bajo la marítima línea de horizonte, salgo al pequeño jardín que limita con el acantilado. El aire me acaricia y me vuelvo joven, al igual que cuando era un muchacho, corriendo sin descanso por los

campos de amapolas. Algo de aquello sigue en mí vivo; también debe de quedar algo de Isabel y de mi pequeño hijo muerto... ¡Quién sabe! Quizá yo sea el presente del pasado y aquello siga existiendo más allá de mí y del tiempo.

Lo peor es la llegada de la noche; escribiendo sin descanso; deambulando por las habitaciones; bebiendo un viejo vino amargo para hacer el dolor soportable. Me convierto en una sombra de mí mismo, en un títere, en un payaso. Noche tras noche, herido de muerte, alimentado por un peso que no existe. Si al menos alguna vez viniese con el viento un aroma de carne de mujer, al igual que en los viejos tiempos, para que así pudiese dormir sin pesadillas de vértigo y vacío, y soñar y soñar bajo el beso de una fantasía fresca y suave, que me arrojara igual que lo hacía mi madre cuando era niño.

* * *

El libro crece: cada vez amontoño más hojas escritas encima de la mesa. Al lado de esto, todo lo que he escrito anteriormente no es nada. Mientras mis libros pasados sólo servirán para dejar mi nombre a las generaciones venideras, éste, mi verdadero libro, mi único libro, dejará viva mi alma para el futuro.

Me he dado cuenta de que el argumento es lo menos importante, al igual que la acción o la estructura narrativa. Lo verdadero, lo que hace que el libro se levante y ande, es lo que significa, y no lo que produce; eso es lo que no llegué a comprender antes. Lo demás se convierte en accesorio al lado de esto. Eso es lo que busco. Y lo que creo que estoy consiguiendo.

* * *

Hoy estoy recordando a Isabel.

Su presencia me llena de vacío. ¿Por qué me duele tanto su memoria? Todo se pierde bajo la mirada muda del Dios que lo ve todo. Acaso Él como yo intenta destruirse, loco del amor perdido. Pero para mí es más fácil, ya que tengo este maldito vino viejo, malo como el vinagre, que me serpentea por la sangre igual que las agujas del cansancio o de la ira.

No. No puede haber nadie más allá...

En mi tumba no quiero nombre ni epitafio, quiero granito frío y mudo y falto de mentira. ¡Y anhelo el día en que eso ocurra! ¡Que me lleven!, que me lleven de una vez por todas. ¿Soy mi dolor o es el fuego del vino que me ciega? ¡Oh, dios!, aquí yace el ciego fugitivo que huye de sí mismo. Dame otra oportunidad para vivir lo que no he vivido. ¡Dámela! ¿Es que no escuchas? Respóndeme, no calles como callo yo día tras día, noche tras noche...

Pero qué digo; el alcohol me quema el poco raciocinio que me queda. Debo dejar de escribir, aunque no puedo...

¿Por qué tengo que morir?

¿Por qué tengo que morir?

¡Dime si esta enfermedad es un castigo!

* * *

Ha pasado un mes desde la última vez que escribí aquí. No he querido leerlo; ya me arrepiento sin haberlo hecho. No tengo ningún motivo para dejar esas frases en estas memorias – ¿memorias? –; tampoco tengo ningún motivo para tacharlas. Lo único que he sacado en claro es que el fantasma de Isabel parece haberse ido... para siempre.

* * *

Me queda poco para acabar; quizá un par de días sean suficientes. Sólo puedo escribir que realmente es lo que quería hacer. Y, aunque queda el final, debo estar satisfecho.

* * *

Tengo el libro entre mis manos, acabado, mudo. Es incluso mejor de lo que ideé en un principio; y, sin duda, es mi mejor obra. ¿Y qué aunque sea así? La eternidad es un devaneo en el silencio de los días, y, cuando muera, por mucho que me recuerden y me lean, estaré muerto.

La tarde está avanzada. A lo lejos observo nubes de tormenta. Los vencejos han salido de los nidos del acantilado. Vuelan en círculos amplios, como siempre, y me evocan esa niñez que apenas recuerdo. El color rosado del horizonte contrasta con el mar, vivo, azulado, misteriosamente oscuro. El viento

me habla; también el romper de cada ola. Sé que no volveré a ser joven nunca más, y eso es lo que se lleva mi esperanza.

No se trata de Isabel ni de mi vida frustrada a través de los colores grises, ni tan siquiera de mi hijo muerto. Se trata de mí... Y de que todas las cosas que parecían importantes se han desvanecido sin dejar rastro. No me queda nada que decir, nada por hacer, nada por lo que vivir. Mis sueños ya se han hecho realidad. Todo está escrito; por mucho que intente vivir en este libro, seguiré muerto. Por eso, cuando el sol desaparezca, cuando la noche llegue al acantilado y a mi vida, saldré al jardín y me situaré en el límite, ante el precipicio. Quizá ya haya llegado la tormenta. Desde allí dejaré que los folios escritos de este libro maldito sean libres, que los lleve el viento, que se ahoguen en el mar, que me lleven, si realmente vivo en ellos, adonde nunca pude llegar. Yo los miraré perderse, cansado, atrapado en una vida que no es la mía, fundiéndome con la última línea de horizonte.

Después volveré dentro y me sentaré aquí, en este mismo lugar, a esperar, ya sin temor, la llegada de la muerte.